

entre el enemigo y hacerlo poner en movimiento en todos sus campamentos y me indica que lo que le propongo al principio de ésta nos dará el resultado que deseamos.

En cualquiera día que yo vea o tenga noticia que se desprende del enemigo alguna fuerte columna sobre usted, inmediatamente yo desprenderé otra sobre él, pues estoy en constante observación.

Contésteme y reciba un abrazo de su amigo que mucho lo quiere.—J. G. Ortega.

Ao.—Se me han acabado los víveres y el dinero. Los pocos que estoy comprando de los primeros es a peso de oro. No se sabe ni quién tiene dinero ni dónde viven los comerciantes, pues el bombardeo lo ha trastornado todo. No crea usted que por esto desespero de la situación. A la fortuna habiendo constancia, se le arranca por bien o a fuerza una sonrisa. Dígale usted esto al señor Presidente reservadamente; dígale también que voy a comenzar a matar mulas.—Ortega.

XXXI

PRIMERA EVASION DE PUEBLA
DEL 19 AL 23 DE MAYO DE 1863

Como al rehusarme a firmar el acta manifesté por escrito que no podía hacerlo porque tenía deberes que cumplir, incompatibles con el compromiso que el acta entrañaba, me consideré con el derecho de evadirme si podía hacerlo, puesto que el enemigo había tomado todas sus precauciones para tenernos perfectamente seguros, al grado de tener apostado un centinela en la puerta de los cuartos en donde dormíamos. Así, pues, el 21 de mayo, víspera de nuestra marcha para Veracruz, me quité mi uniforme a todo riesgo, en los momentos en que entraban y salían los deudos y amigos de los prisioneros para despedirse de ellos y para arreglarles algunos negocios.

Comprendí que era fácil que no me distinguieran entre los entrantes y salientes; bajé resueltamente la escalera empujando en un plaid, cosa que no era notable porque hacía mucho frío; y para que el centinela no me marcara el alto y me hiciera pasar por un reconocimiento, como lo hacían con todos los que salían aunque fueran paisanos, pensé que sería bueno dirigir algunas palabras al oficial de guardia, para que el centinela, al verme salir después de haber hablado con el oficial tuviera menos sospecha. Con esta intención llegué al zaguán; pero encontré que el Comandante de la guardia que estaba allí en pie, era el capitán Galindo, del 3o. de zuavos que habiendo sido prisionero nuestro, había hecho conmigo alguna amistad. En consecuencia, ya no le dirigí la palabra sino

que simplemente lo saludé y salí para la calle sin que me conociera, aunque probablemente sospechó algo, porque en seguida subió a ver si estaba yo al lado de mis compañeros. Varios de éstos lograron también evadirse de la prisión, ya en Puebla, ya en el camino y muy pocos salieron para Europa.

Tuve muchas dificultades en mi salida porque las calles de Puebla estaban vigiladas por fuerzas de traidores; pero afortunadamente encontré a un amigo que me llevó a su casa, y casualmente era la misma en que se había refugiado el General Berriozábal, quien contaba con el apoyo de uno de los oficiales traidores, que le facilitó la salida de la ciudad, obteniendo el Santo y Sefia, y pasándolo por los suyos como si perteneciera a su patrulla, en virtud de una remuneración pecuniaria que Berriozábal le pagó. El Dr. Cacho, que era uno de los que acompañaban al General Berriozábal, se quedó en Puebla para que yo pudiera salir en su lugar y hacer uso de su caballo.

Caminamos toda la noche por los montes, por evitar el camino real, nos perdimos, y al amanecer del día siguiente nos encontramos otra vez frente a Puebla, oyendo los alertas de los traidores que estaban fuera de la ciudad. Nos dirigimos al pueblo de San Miguel Canoa, y suponiéndonos oficiales de los traidores, porque sabíamos que el cura era amigo de Almonte, quien había pasado varios días en su casa, le suplicamos que nos diera un guía que nos llevara a Tlaxcala. De allí nos dirigimos a la Hacienda de Techalote y después a Apam, en donde encontramos una fuerza de caballería que protegió nuestro arribo a la capital.

XXXII

EVACUACION DE LA CAPITAL

Del 24 de mayo al 20 de junio de 1863

Al presentarme al Gobierno en México, el señor Juárez me dijo que me nombraría Secretario de Guerra o General en Jefe del ejército, según lo conviniera yo con el General Berriozábal, porque él había de tener uno de dichos puestos y yo el otro. Manifesté al Presidente que sin perjuicio de hacer lo que el Gobierno me mandara, debía llamar su atención sobre el efecto que causaría mi nombramiento de General en Jefe o de Secretario de Guerra, sobre todo para el mando del ejército que sería lo que yo preferiría en todo caso: que había en el Cuerpo de ejército muchos jefes viejos y muy ameritados, como lo eran el General Don Miguel M. de Echegaray, el General Don Anastasio Parrodi y otros, y que yo era demasiado joven para que con buena voluntad estuvieran a mis órdenes. Además, que era probable que en el período difícil en que íbamos a entrar, algunos de ellos abandonarían nuestras filas y no era conveniente darles un pretexto tan plausible como lo sería, hasta cierto punto, mi nombramiento, que heriría su celo militar.

En esos momentos entraba el señor José M. Iglesias con algunas otras personas, y suspendimos la conversación, diciéndome el señor Juárez que al día siguiente temprano volveríamos a hablar. Lo ví de nuevo al día siguiente y al contestarme el saludo el señor Juárez, me dijo que había pensado bien lo que yo le había dicho, y que era muy posible que tuviera yo razón; que en este concepto si quería el mando de

una división, me daría la que yo designara. Le contesté que en la forma que tenían, ninguna me parecía buena; pero que si me lo permitía organizaría una a mi gusto con las tropas que yo escogiera al efecto. Tuvo la bondad el señor Juárez de darme un papel para que pusiera los nombres de los batallones y regimientos que fueran de mi agrado. Formé a mi gusto la división que debía mandar y con ella, una vez organizada, emprendí la marcha para Ayotla, con objeto de cubrir la carretera por donde debía venir el enemigo.

El Gobierno salió de la capital para Querétaro el 31 de mayo de 1863 (1) y después de la salida se me dió orden de volver a México y de allí emprender la marcha y seguir al Cuerpo de ejército que mandaba el General en Jefe Juan José de la Garza, a quien alcancé en el Contadero, camino para Toluca. Luego que me incorporé al ejército, el General en Jefe que tenía necesidad de estar en Toluca, me encomendó el mando, y emprendió la marcha con su escolta y Estado Mayor. Pocos momentos después se sublevó uno de los batallones de guardia nacional de México que formaba a la retaguardia, y que mandaba el Coronel Rangiel cuyo jefe, lo mismo que el Teniente Coronel Don Pedro de Garay, habían desaparecido en México, al emprender su marcha el batallón. Perseguí a los sublevados, matando a algunos y aprehendiendo casi a todos, y diezmándolos después en el llano de Salazar, en presencia de las tropas formadas.

Pasamos la noche sin más novedad que algunos tiroteos insignificantes de los traidores que plagaban la montaña. Al día siguiente seguimos la marcha a Toluca, y a nuestra llegada informé al General en Jefe de la novedad ocurrida.

Después de permanecer tres o cuatro días en Toluca sin haber desempeñado ningún servicio importante y sin recursos, manifesté un día al General en Jefe que necesitábamos obtener algunos para continuar nuestra marcha.

Como los franceses estaban entrando ya a la ciudad de México, nuestro Cuerpo de ejército se encontraba sin recursos y como el General en Jefe no manifestaba empeño ninguno por obtener los necesarios, ni por mover sus fuerzas, le manifesté un día que creía indispensable conseguir algún dinero para salir de la plaza. El citó, a mi nombre, y sin mi consentimiento, a los comerciantes principales de la ciudad para una junta en mi alojamiento, y al verlos reunidos les manifesté mi situación y les pedí un préstamo, que me facilita-

ron de buena gana y me produjo una cantidad que no llegaba a tres mil pesos. Con esto salí de Toluca para el Llano del Cazadero y así llegué hasta Querétaro, en donde recibí algunos fondos que me mandó de San Luis el Gobierno Federal.

A pocos días llegó el General Garza, con las otras dos divisiones de su Cuerpo de Ejército, enteramente destrozado, pues además de que las mulas eran insuficientes para conducir su artillería y bagajes, algunos jefes habían dispuesto de parte de ellas, y el camino estaba regado con piezas de artillería y material de guerra; siendo también de consideración las deserciones que habían sufrido muchos cuerpos. El General Garza salió de San Luis y entregó el mando del Cuerpo de Ejército al General Echegaray, y con este jefe las cosas marcharon mejor.

(1) (El Presidente Juárez, después de publicar su manifiesto, excitando a seguir luchando contra el invasor extranjero, fué investido por el Congreso de extensas facultades y abandonó la capital en la fecha citada. El 10 de junio llegó a San Luis Potosí, fijando en esta ciudad el asiento del Gobierno nacional.—Nota de G. V. R.)

XXXIII

EJERCITO DEL CENTRO

Del 10 de Junio al 10 de Septiembre de 1863

Pasados diez o doce días vino de San Luis a Querétaro el Ministro de la Guerra, que era entonces el General Berriozábal, y sin previa indicación, como antes lo había hecho conmigo el señor Juárez, me dió a reconocer en la Orden General, como General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Centro, quedando a mi lado como Cuartel Maestre, el General Echegaray.

Comenzamos entonces una seria organización, refundiendo en un batallón cada dos o tres batallones diminutos y empleando la mayor parte de los días en la instrucción de manobras, recomposición de armamento, de material de artillería, y trenes, adquisición de mulas, academias de oficiales, y todo lo que era indispensable para dar a la fuerza la forma de verdadero Cuerpo de Ejército. Situé una División en Colima, otra en Salvatierra una Brigada de observación en Arroyozarco, y dejé el núcleo principal en Querétaro.

En seguida y por orden del Ministro de la Guerra, cambiamos el Cuartel General a Acámbaro, donde permanecemos muy poco tiempo, porque los movimientos del enemigo nos hicieron comprender que su punto objetivo era Querétaro.

Durante mi permanencia en Acámbaro, el Gobierno me mandó, para que fueran ocupados en el Ejército, al señor Lic. Don Matías Romero y al General Don Rafael Benavides. Romero había acompañado al señor Juárez en el año de 1858, en su marcha de Guanajuato a Guadalajara, Manzanillo, Pana-

má y Veracruz, en donde permaneció hasta que en diciembre de 1859, fué enviado como Secretario de nuestra Legación en Washington; a poco volvió a México Don José María Mata, que era el Ministro, y quedó Romero como Encargado de Negocios, con cuyo carácter permaneció hasta fines de abril de 1863, en que desanimado porque no creyó poder prestar servicios eficaces al país, en vista de la crítica situación que guardaban los Estados Unidos, que a la sazón se hallaban en lo más serio de su guerra civil, lo cual los hacía tener algunas condescendencias con los franceses; y deseando tomar las armas en defensa de la independencia, se vió con licencia de San Luis Potosí, renunció allí su empleo el 16 de julio siguiente, y solicitó servir a mis órdenes. El señor Juárez le dió el despacho de Coronel efectivo de ejército permanente, y orden de que se me incorporara en Acámbaro, lo cual hizo poco después. Yo lo coloqué como Jefe de mi Estado Mayor y Secretario. Al General Beravides lo nombré General en Jefe de la primera División.

En los últimos días de julio de 1863 y con el objeto de tratar algunos negocios de importancia con el Gobierno, mandé a mi Secretario y Jefe de Estado Mayor, el señor Romero a San Luis, que era entonces la residencia del Gobierno Federal. Entretanto había ocurrido allí un cambio de Gabinete. Para contar el señor Juárez con el prestigio y los elementos de Don Manuel Doblado, Gobernador de Guanajuato, lo había nombrado Ministro de Relaciones. Doblado que era hombre de fuertes pasiones, puso como condición para aceptar el puesto, que se revocara el nombramiento de su predecesor Don Juan Antonio de la Fuente que había salido para los Estados Unidos como Ministro de México, y estaba ya en Matamoros y a quien Doblado tenía mala voluntad. El señor Juárez tuvo que pasar por esta exigencia para asegurar los servicios de Doblado y le propuso que fuera Romero en lugar de Fuente. Aceptado esto por Doblado en momentos en que Romero llegaba a San Luis Potosí en comisión mía, tuvo que admitir ese cargo con gran repugnancia de su parte, muy contrariado y haciéndose mucha violencia, porque no podía llevar a cabo su propósito de servir en la campaña. Apenas duró Doblado una semana en el Gabinete, pues a los pocos días se separó de una manera ruidosa, y fué reemplazado por el señor Don Sebastián Lerdo de Tejada, quien permaneció en el puesto de Secretario de Relaciones durante todo el pe-

ríodo de la intervención extranjera y algunos años después de terminada ésta.

Más tarde, durante la permanencia del Ejército en las plazas de Celaya, Salvatierra, Querétaro y San Juan del Río, las expediciones del Cuartel General no podían hacerse de un punto a otro, sino con una gruesa escolta, o fingiendo unos movimientos para hacer otros, porque el camino estaba interceptado por unos bandidos, los hermanos Troncoso, que algunas veces reunían hasta cuatrocientos caballos. Así lo expliqué al General Comonfort, al relevarme en el mando del Cuerpo del Ejército que había estado a mis órdenes, pero no dió importancia a mis informes, y a los pocos días de mi separación, intentó hacer una travesía en coche con 50 caballos de escolta, de San Miguel Allende para Celaya, en cuya ocasión fué asesinado por los Troncoso, cerca de Chamacuero.

DOCUMENTACION

Después de escrito este capítulo recordé un incidente que ocurrió estando en San Juan del Río, con el cuerpo de Ejército que yo mandaba y que refiero en seguida:

SEDICION DE TROPAS DE SINALOA Y TAMAULIPAS

AGOSTO DE 1863

Al volver de Querétaro a San Juan del Río, en donde había quedado la matriz del cuerpo de Ejército de operaciones, al mando del Cuartel Maestro General Don Miguel M. Echegaray, encontré sublevada a una parte de la fuerza. El General Echegaray era un militar demasiado rígido pues obligaba a los soldados a hacer ejercicio hasta en las noches de luna, y la fuerza de Sinaloa y de Tamaulipas que yo tenía, era de voluntarios poco disciplinados y que no querían someterse a ese rigor, lo cual ocasionó su rebelión. El General Echegaray me recibió antes de entrar a San Juan del Río, y me refirió lo que había ocurrido: esto es, que los batallones 1o. y 2o. de Sinaloa, mandados por los Mayores Jesús Toledo y Diódoro Corrella; 1o. de Tamaulipas, mandado por el Teniente Coronel

Servando Canales, la caballería irregular de Tamaulipas, mandadas por el General Macedonio Capistrán, habían abandonado sus cuarteles y se habían refugiado todas en el de Capistrán y estaban en actitud de resistencia.

Entré a la población: me acerqué al cuartel, y encontré que los soldados estaban en las azoteas y ventanas con las armas preparadas, les hablé y les mandé retirarse a sus respectivos cuarteles, sin apearme de mi caballo, pues no estaba seguro de que me obedecerían, retirando a la vez las fuerzas que por orden de Echegaray los acechaban, y mirando que los sublevados hacían lo que yo les mandaba, cité a todos los jefes y oficiales para mi alojamiento: una vez reunidos allí, les pregunté qué era lo que había ocurrido, y me presentaron sus quejas contra el General Echegaray, diciéndome que no podían seguir sirviendo con él; y con objeto de evitar dificultades mandé a Querétaro a los que se habían amotinado, para que no estuvieran en contacto inmediato con el General Echegaray.

Convencido de que no sería posible reducir a las fuerzas descontentas de Tamaulipas, solicité y conseguí del Gobierno que las mandara a su Estado. Cuando el Coronel Canales recibió orden para volver a la frontera se avergonzó de lo ocurrido y me manifestó que él y sus soldados estaban dispuestos a seguir conmigo defendiendo la independencia.

Cuando recibí órdenes de marchar a Oaxaca, deseaba llevarme a Canales, quien me manifestó que él personalmente iría de buena gana, pero que sus compañeros no consentirían en alejarse tanto de sus hogares, por lo cual tuve que desistir de llevarme su batallón, y lo puse entre las fuerzas que formaron la división cuyo mando se encomendó al General Don José López Uruga, a quien lo recomendé muy especialmente. Desde entonces comprendí que cualesquiera que fuesen los defectos de Canales, había en él un fondo de patriotismo, y tuve ocasión de notar que estaba dotado de gran valor personal, cuyas cualidades demostró ampliamente en los sucesos posteriores.

San Juan del Río, octubre 5 de 1863.

Muy estimado señor mío:

Por su muy apreciable de 3 Fha. en Celaya quedo impues-to no con poca pena de que el señor Uruga no quiso aceptar el mando del Ejército y de que Ud. y el señor Lerdo vuelven para S. Luis. Las instrucciones a los Sres. Generales de las Divisiones y colocación de estas que Ud. me pone en su citada, casi no

difieren de la comunicación que Ud. presentó al Gobierno, de suerte que al dar las mías a Echegaray he tenido bien poco que reformar.

Es por desgracia positivo lo que el señor Uraga dice acerca del terreno que tengo que atravesar, sin embargo yo espero mis comisionados de reconocimiento y veré estas vueltas que tengo que sacarles para pasar; la libertad en que Ud. me deja para cambiar mi itinerario, me será muy útil y doy a Ud. por ellas las gracias.

Remito al señor Presidente con el portador de esta el parte de un hecho de armas habido en el Grande, por él y por algunas comunicaciones interceptadas al enemigo cuyas transcripciones también le remito, verán Uds. los puntos que ocupa el enemigo y tendrán base para calcular sobre lo que probablemente piensa hacer.

Cuando marche daré el puntual aviso y el estado de mi infantería disponible se lo mando desde luego, no incluyendo la caballería porque aun no se me incorpora y su falta es lo que me tiene aun por aquí como en parrilla, porque ya quisiera haber avanzado.

El portador de esta es el Coronel Loeza que viene de Oaxaca y este impondrá a Ud. de que han ocupado a Tehuacán y algunos otros puntos limítrofes de aquel Estado.

Antes de firmar esta carta he roto la de Ud. como me aconseja, y como yo tengo costumbre de hacer con todas las de su clase.

He dado orden al señor Peña para que de la Pagaduría de la Brigada mande pagar a la señora de Apaseo que Ud. me recomienda, el valor de su cuenta a descontarle luego a los oficiales deudores: en cuanto a los tres carros sí creo difícil poderlos dar libres.

Consérvese U. bueno mi Gral. y mande a su afmo. servidor y amigo sincero que B. S. M.

PORFIRIO DIAZ.

Sr. Gral, D, Ignacio Comonfort.

XXXIV

MARCHA PARA OAXACA

TASCO Y PUNGARANCHO

Del 1o. de octubre al 1o. de diciembre
de 1863

Cuando Don Manuel Doblado entró al Gabinete del señor Juárez el General Don Ignacio Comonfort fué nombrado Ministro de Guerra, y el Gobierno me llamó a San Luis Potosí para discutir un plan de campaña, con los Generales Comonfort y Berriozábal; y como resultado de esa conferencia, dispuso el Gobierno que con la primera División marchara yo para Oaxaca, por los Estados de Querétaro, Michoacán y Guerrero, estableciendo en Oaxaca mi Cuartel General, con objeto de que sirviera de base a la formación de un nuevo Cuerpo de Ejército de Oriente y con jurisdicción sobre los Estados de Oaxaca, Veracruz, Chiapas, Tabasco, Yucatán y Campeche, extendiéndose más tarde y en virtud de nuevas órdenes a los de Puebla y Tlaxcala.

En marcha ya para Oaxaca a fines de octubre de 1863 y estando a la margen del río Mixteco en el Paso de Pungarancho, recibí el despacho de General de División; expedido en San Luis Potosí por el Gobierno federal el 14 de octubre del mismo año, probablemente para que tuviera yo plenitud de facultades en el ramo militar, porque debería quedar casi incomunicado con el Gobierno.

La División se componía de tres Brigadas y una sección de

artillería; la primera Brigada mandada por el General Don José María Ballesteros, se componía del Batallón de Oaxaca, mandado por el mismo General Ballesteros; batallón 5o. móvil de México, mandado por el Coronel Don Manuel González, y que al llegar a Oaxaca tomó el nombre de Tiradores de Oaxaca; y primer Ligero de México, mandado por el Teniente Coronel Don Juan Espinosa y Gorostiza. La primera División, mandada por el General Don Plácido Vega, que era a la sazón Gobernador de Sinaloa y había quedado en San Luis, estaba mandada por su Mayor de Ordenes el Coronel Don Apolonio Angulo, y se componía de los batallones 1o. de Sinaloa, mandado por el Mayor Don Diódoro Corella; 2o. de Sinaloa, mandado también por el Mayor Don Jesús Toledo, y 3o. de Sinaloa, mandado por el Teniente Coronel Don Crispín de S. de Palomera. La Brigada de caballería, estaba mandada por el General Don Mariano Escobedo, y se componía de los regimienos Lanceros de San Luis, mandado por el Coronel Don Ramón Reguera y de la Legión del Norte, mandada por el Coronel Don Eugenio García, y en su ausencia, porque había quedado enfermo en San Luis Potosí, por el Mayor don Jerónimo Treviño, y una sección de artillería, mandada por el capitán Don Martiniano León, haciendo la División un total de cosa de 2,800 hombres.

De Querétaro hice las jornadas siguientes: a San Juan del Río en donde permanecí tres días, de San Juan del Río a Amealco, Molinos de Caballero, Pomoca, Angangueo y Orocutin. De Orocutin fuimos a un lugar cuyo nombre no se pudo averiguar porque estaba deshabitado, y de allí a Zacualpam Tetipac y Tasco. La División llevaba siempre a poca distancia las fuerzas que mandaba al traidor Laureano Valdés.

Al entrar al Estado de Guerrero, la columna de Laureano Valdés intentó impedirme el paso del río Mixteco en el lugar conocido con el nombre de Paso de Pungaranchu, muy a propósito por ser más elevada la margen izquierda del río que era a que él se proponía defender, y deprimida la derecha por donde yo debía intentar el vado. Al día siguiente, después de perder un día y una noche en tiroteos, mis exploradores encontraron otro vado, a 6 millas río abajo por donde hice pasar dos batallones. Luego que el enemigo comprendió mi maniobra abandonó la ribera y ya no volvió a molestarme en la marcha.

Llegamos a Tasco el 27 de octubre de 1863, y como la ciudad estaba ocupada por los traidores, hubo que batirlos, y empleamos en esa operación el día y la noche del 28 de octubre.

Fué necesario también poner en jaque a la guarnición traidora que estaba en Iguala, para que no pudiera proteger a Tasco.

Después de permanecer dos días en Tasco, seguí mi marcha pasando el Mezcala con dirección a Chilapa. De Chilapa hicimos las siguientes jorradadas; al Mesón Atlixteca, Tlapa, Ixcatiopa, Yucuyachi y Huajuápam de León. En Huajuápam dejé la División a las órdenes del General Don Rafael Benavides que era mi Mayor General, y avancé por la posta para tratar algunos asuntos con el Gobernador del Estado de Oaxaca, que lo era a la sazón Don Ramón Cajiga.

XXXV

LLEGADA A OAXACA

Del 1o. de Diciembre de 1863 al 1o.
de Agosto de 1864

Llegué a Oaxaca en los últimos días del mes de Noviembre de 1863, y mi llegada desagradó al Gobernador Cajiga y a su secretario Esperón, porque habían celebrado una especie de tregua con los franceses, y comprendieron que ésta tendría que cesar conmigo, pues yo iba con el propósito de organizar y de hacer la campaña.

Informado el Gobernador del objeto de mi marcha, y de las facultades que me había delegado el Gobierno federal, me puso una comunicación declarando que no se pondría a mis órdenes por ser inconstitucionales las facultades que me había delegado el Gobierno Federal, y me preguntó si estaba dispuesto a hacer uso de las armas para llevar a efecto las órdenes que había recibido del Presidente: contesté que en aquellas circunstancias las armas no tenían más objeto que defender a la nación del invasor extranjero y de los traidores; y que consideraba en el segundo caso a todo el que se resistiera a cumplir las órdenes del Gobierno federal. En esta virtud el gobernador Cajiga renunció su cargo ante la Legislatura, la cual se disolvió en seguida, quedando acéfalo el Estado.

Con este motivo, asumí el Gobierno de Oaxaca el 1o. de Diciembre de 1863, y nombré mi secretario al Lic. Don Justo Benítez; pero notando que los deberes de Gobernador me ocupaban mucho tiempo, que debía yo consagrar a la organización del E-

jército, nombré Gobernador el 12 de Febrero de 1864, al General José M. Ballesteros, quien permaneció con ese carácter hasta la ocupación de la plaza por los franceses, e hice una nueva organización de aquel Estado. El General Ballesteros nombró su Secretario al Lic. Don Félix Romero, y el Lic. Benítez quedó como Secretario del Cuartel General, cuyo carácter conservó hasta la rendición de la plaza.

Ninguno de los demás Estados que formaron desde entonces la línea de Oriente presentó dificultades para cumplir con las instrucciones del Gobierno federal, todos comenzaron a obedecer las órdenes del Cuartel General, y los Gobiernos constitucionales siguieron acatando mis disposiciones y funcionando con toda regularidad.

Al llegar a Oaxaca, organicé una nueva brigada de infantería compuesta de los batallones Morelos, mandado por el Teniente Coronel Rafael Ballesteros; Juárez, mandado por el Coronel Don Joaquín Terán, y Guerrero, por el Teniente Coronel Don Rómulo Pérez; y encomendé el mando de esa brigada al General Don Cristóbal Salinas, y el de la segunda al Coronel Don Francisco Carreón. Nombré Comandante General de Artillería al Capitán Don Guillermo Palomino, Agregué a la brigada de caballería el regimiento de Lanceros de Oaxaca, mandado por el Teniente Coronel Don Félix Díaz, y un escuadrón de guardia nacional de Tehuacán, mandado por el Teniente Coronel Don Ladislao Cacho, y organicé por último un cuerpo médico a las órdenes del Doctor Don José María Hernández.

Como el jefe francés que mandaba en Tehuacán no tuvo conocimiento del cambio ocurrido en el Gobierno de Oaxaca, en los primeros ataques que yo mandé hacer a sus puestos avanzados que hacían frente a los míos por occidente me puso una nota quejándose de faltas al compromiso preexistente de no hostilizarse recíprocamente hasta que la nación decidiera si aceptaba o no la intervención extranjera, y ese descubrimiento me hizo tratar en lo sucesivo con alguna cautela, al personal que formaba el Gobierno a mi llegada a aquella ciudad.

Las operaciones del enemigo contra Oaxaca, se limitaban entonces a avanzar las guarniciones según adelantaba la obra de construcción de dos carreteras provisionales que estaba haciendo una de Tehuacan a Oaxaca, por la Cañada y otra de

Acatlán a Huajuápam, con el propósito visible de meter sus columnas por esas dos vías.

Después de algunos meses de pequeños tiroteos en que no se conseguía más resultado práctico que el de hacer difícil el trabajo de la construcción de las carreteras, me ví obligado a replegar la guarnición de Huajuápam a Nochistlán, y la de Teotitlán del Camino a Cuicatlán.

A la cabeza de la columna del enemigo que avanzaba por Huajuápam, venía el General francés Curtois d'Hurbal, y en otra que avanzaba por Tehuacán y Teotitlán, el brigadier Brincout.

XXXVI

INVASION DE ORTEGA AL ESTADO DE CHIAPAS

Del 10 de Junio de 1863 al 12 de Abril de 1864

A mediados del año de 1863 fué invadido el Estado de Chiapas, por una fuerza organizada en Guatemala, a las órdenes de Don Juan Ortega y del padre Víctor María Chanona, fraile franciscano, activo y valiente, pero audaz e inquieto que fué fusilado después en Honduras por haberse metido en una asonada. El Coronel Don Miguel Balcázar que había estado en el sitio de Puebla mandando el batallón de zapadores organizado en Jalisco, y después de la rendición se había ido a Chiapas con el Coronel Don José Pantaleón Domínguez, defendió a San Cristóbal contra los traidores; pero a los tres días de sitio fué gravemente herido y se rindió su fuerza, muriendo él poco después. El Gobernador Don José Gabriel Esquinca, que residía en Tuxtla, defendió a Chiapas, cuyo ciudad fué atacada por Ortega el 21 de Octubre de 1863, habiendo sido derrotados los traidores por el Coronel Don Salvador Urbina que mandaba las fuerzas unidas de Chiapas y Tuxtla Gutiérrez.

En estas circunstancias llegué a Oaxaca y cuando apenas comenzaba mi trabajo de organización militar y administrativa, tuve que mandar en auxilio de Chiapas una columna de 800 hombres a las órdenes del General Don Cristóbal Salinas, formada del batallón Juárez, y puse como Secretario del General Salinas al Lic. Don Miguel Castellanos Sánchez, que tenía en-

tonces el empleo de auditor en mi División, y como Mayor General, al Teniente Coronel Don Adolfo Alcántara. Al llegar el General Salinas a Chiapas, se le incorporó el escuadrón Porfirio Díaz, que estaba organizando en aquel Estado el Comandante Don Diego M. Guerra. La fuerza de Salinas salió de Oaxaca el 12 de Diciembre de 1863. El 4 de enero de 1864 batió a los traidores en Ixtapa y el 11 los sitió en San Cristóbal y tomó la plaza el día 22 del mismo mes de Enero. El día 9 de Marzo siguiente salió el General Salinas con su columna de Tuxtla, de regreso para Oaxaca, a donde llegó el 12 de Abril de 1864.

Después de estos sucesos mandé a Chiapas al Coronel Don Francisco Loeza, y mi escasez de recursos era tan grande, que solamente pude darle diez pesos para los gastos de su viaje. Una vez llegado a Chiapas el Coronel Loeza, me proponía nombrarlo Gobernador y Comandante Militar del Estado: pero por recomendación suya, nombré para ese puesto al Coronel Don José Pantaleón Domínguez, a quien había yo conocido en el sitio de Puebla. Domínguez sirvió con lealtad y permaneció con ese carácter hasta el fin de la intervención extranjera, y como Gobernador constitucional del Estado algunos años después.

XXXVII

MAXIMILIANO Y LOS FRANCESES

Del 7 de Junio de 1863 al 15 de Julio de 1867

Para no tener que interrumpir la relación que estoy haciendo de los sucesos en los sucesos que tomé una participación directa y personal, referiré aquí a grandes rasgos y en beneficio de los lectores que no estén bastante familiarizados con los sucesos de la intervención extranjera en México, lo que ocurrió en lugares que no fueron el teatro de mis campañas.

Ocupada Puebla por los franceses, el Gobierno Constitucional de la República salió de México para San Luis Potosí el 31 de Mayo de 1863, y el ejército francés la ocupó el 7 de junio siguiente.

El 16 del mismo mes, expidió el General Forey, en cumplimiento de instrucciones expresas del Emperador Napoleón, un decreto autorizando a M. Dubois de Saligny, agente diplomático francés, a quien se suponía conocedor de México, para nombrar a 35 personas, quienes elegirían a un triunvirato que ejer-

Nota.—La junta de notables fué de 35, que a su vez estableció otra menor que se llamó 'Regencia', para la que fueron nombrados con calidad de miembros propietarios, Don Pelagio de Labastida y Dávalos, Arzobispo de México, Don Juan N. Almonte y Don Mariano Salas; y con el carácter de suplente, Don Juan Bautista Ormachea, Obispo de Tulancingo y Don José Ignacio Pavón.—(Nota de G. V. R.)